

# ERA LA MUERTE... O NO.

geraldine robles chipana



# Capítulo 1

ERA LA MUERTE... O NO.

-No, por favor. Ya hemos escuchado esa historia antes.

-Pues una vez más no vendrá mal, ¿verdad?

Era esa la conversación que mantenían Carmen y su esposo Cristóbal, que se encontraban reunidos con un grupo de amigos. Cristóbal quería narrarles una historia a todos. Una personal, algo que le había pasado a él. O eso decía, claro. Su esposa ya sabía de que iba la cosa. Había oído esa historia más veces de las que podía contar. Y no, no quería volver a oírla, muchas gracias.

-No, por favor -decía en tono suplicante -ya hemos escuchado esa historia antes.

-Pues una vez más no vendrá mal, ¿verdad? -rebatía su esposo.

-Además -intervino una de las amistades del matrimonio, Ana María -tú ya la habrás escuchado muchas veces, Carmen, pero nosotros no y tenemos curiosidad.

Carmen suspiró, resignada ya a lo inevitable.

-Empieza, compadre -dijo otro amigo, Feliciano -antes que tu esposa pueda impedírtelo de algún modo.

Cristóbal se acomodó en el asiento que ocupaba y colocó ambas manos cruzadas sobre sus rodillas.

-Hace muchos años yo era comerciante. Tenía que mantener a mi madre y a mis tres hermanas y en esos tiempos el mejor negocio era vender algunas cosas que podías comprar al por mayor a bajo costo.

-Y no te gustaba estudiar, además -le interrumpió su esposa. Cristóbal asintió.

-Era para mí perder el tiempo y tú lo sabes, Carmen. Podía ganar más dinero trabajando que estudiando.

-El problema -intervino otra persona, Rubén -era que tú te gastabas toda la plata o la gran mayoría en tomar.

-Era joven, entiéndeme.

Carmen arqueó las cejas.

-Nada te justifica.

-Ya lo sé, pero mejor pasemos a la historia. El día en que me pasó lo que me pasó yo había ido a comprar unas telas que tenían unas cruces en medio a un pueblo cercano a mi casa donde prácticamente las estaban regalando. Por una sola de esas telas, en otra aldea, yo podía sacar doscientos cincuenta soles. Pero ahí -en el pueblo cercano a mi casa -el fardo de quince telas lo estaban vendiendo a trescientos soles. Regalado, ya se los digo yo.

-No tienes que asegurarlo -apoyó Feliciano.

-Bien. Compré las telas y me fui al pueblo donde podía sacarles buena plata. Estuve ahí hasta 5:00PM y logré vender doce de las quince telas. Me quedaban tres, y yo sabía lo que debía hacer con ellas. Camino de regreso a casa había un hombre que tenía buenos rebaños de animales y al que le gustaban bastante esos telares de cruces.

- ¿Pensabas cambiarlos? Preguntó Ana María.

-Claro, así podía llevar algún animal a mi mamá para que lo matase o lo criase, lo que ella quisiera. El hombre, como no podía ser de otra forma, se mostró encantado con mi negocio y me dio dos de sus mejores reses, las que me apresuré a llevarme. Y ahora viene lo interesante. Cuando ya estaba casi a la entrada de mi pueblo, a solo unos cuantos kilómetros de casa, vi aparecer al doblar por una esquina a un hombre vestido con una túnica negra. Iba delante de mí, se veía que llevaba prisa... pero algo en su andar -levemente cojeante -me llamó la atención. Así que decidí intentar alcanzarle. Corrí detrás de él, arrastrando las reses conmigo lo cual me dificultaba bastante la persecución. Ahora hay algo que no puedo explicarme. Lo que pasa es que dejaron de importarme las reses y me centré en perseguir al sujeto.

- ¿Abandonaste las reses? -inquirió Rubén con rostro indignado - ¿eres imbécil o qué?

-Soy imbécil -afirmó Cristóbal sin ofenderse -debo serlo porque en ese momento ese echo no se me hizo tan descabellado ni mucho menos. Me pareció lo mejor, lo más natural. Claro que ahora...

-Te das cuenta de que no lo fue -completó Carmen.

-Y también me doy cuenta de que ese tipo extraño ejerció una atracción rara en mí. Si, ahora me doy cuenta de eso. Pero ya. El truco es que dejé

a los animales con tal de seguirle, por mera curiosidad. Y... bueno... cuando ya estaba por darle alcance, a solo unos pasos de él, juro que parpadeé. Solo fue un parpadeo... y el sujeto de túnica negra ya no estaba. Se había esfumado, simplemente había desaparecido. Miré a todos lados. Nada. La calle estaba desierta, ni un alma a parte de mí había. Y sentí miedo. Auténtico miedo, puedo asegurarlo. Ese tipo... de túnica negra y al que ni siquiera logré ver el rostro... ¡debía de ser la mismísima muerte!

Los gestos de incredulidad no se hicieron esperar, y las carcajadas no tardaron en retumbar.

- ¡Pero ¡qué dices, loco! Exclamó otra amiga, Lucía.

-Ya lo dices tú, Lucy -dijo Carmen riéndose -Cristóbal está loco.

- ¡Les juro que vi a la muerte! -exclamó exaltado el aludido -esto no es un invento ni nada parecido, créanme.

El único que se mantuvo en silencio y adquirió aspecto taciturno fue Rubén, que ignorando los comentarios que se estaban haciendo se sumió en sus recuerdos.

Había cosas que Rubén García no podía contar. Una de esas cosas era que él provenía de una familia de magos. Sí, magos. De esos que tienen varita y toda la cosa. Su familia tenía un gran empeño por ocultar eso, por supuesto, y Rubén tampoco es que se muriese de ganas por hacerlo público. Y ahora, en esos momentos, se le venía a la mente gracias a la historia de Cristóbal un momento de su vida. Rubén era mayor que él y que la gran mayoría de sus amigos. Había vivido casi diez y seis años más que ellos y la edad le pesaba. Pero había sido joven también. Y, en esa juventud desenfrenada, se había equivocado muchas veces. Uno de sus errores fue que el día en que Cristóbal salió a vender sus telas él, Rubén, había decidido irse de copas para olvidar un engaño amoroso. Y entre copa y copa una discusión del tipo "yo soy mejor que tú" se desató entre él y un viejo marinero, Rodrigo Salas. La pelea acabó en destrucción del bar donde bebían, debido a la monumental reyerta a golpes que se dio. Salas era un hombre bastante fuerte y habría podido reducir rápidamente a Rubén, si no fuera porque este último escapó. Sí, escapó. Se desapareció, aprovechando toda la debacle que se estaba armando. El problema era que no sabía a donde ir, por lo que acabó con mal aspecto y cojera en una calle desconocida. Nunca supo cómo había terminado vestido con túnica negra, tampoco. Esos eran los grandes misterios de la vida. El punto es que Rubén sufrió un susto de muerte.

-Mierda -había mascullado - ¿dónde demonios es que estoy?

Luego había mirado hacia todos lados. No había nadie en la calle, por supuesto. Y eso le permitió calmarse o al menos intentar hacerlo. Empezó a caminar sin rumbo, rogando que nadie le viese. Entonces escuchó una voz que le llamaba. Porque sí, aunque Cristóbal no lo dijo le había gritado "señor" a viva voz. Rubén se estremeció, rogando internamente que quien quiera que fuese el que le llamaba se esfumara. Pero no pasó así. De pronto Rubén percibió que el hombre que le gritaba corría detrás suyo. Ya solo le faltaba un poco para alcanzarle, solo unos metros. Fue instintivo, volvió a desaparecerse, pero esta vez sí con un punto en mente. Su casa, sin importar nada. Su casa. No le importó lo que su perseguidor pensase que era él.

-Resulta -pensó, adoptando en su mente un tono de ironía -resulta que mi buen amigo Cristóbal era el perseguidor misterioso. ¡cuán pequeño es el mundo! Hay, amigo. Si tú supieras que no fue la muerte a quien viste ese día, si supieras que viste a un mago... te mueres, pero de la impresión, compadre. ¡Cuántas cosas ignoramos a veces... cuántas cosas no sabremos nunca!